

sobrenatural, de horrible; abríanse por doquiera ojos y bocas, oíanse ladrar los perros, las sierpes y las tarascas de piedra, que velan día y noche, alargaban el pescuezo y abrían las fauces alrededor de la monstruosa Catedral: si eso sucedía en una noche de Navidad, mientras la campana mayor, que sonaba como el hipo de un moribundo, llamaba á los fieles á la Misa del Gallo, la sombría fachada presentaba aspecto tan singular, que parecía que el porton devoraba al gentío y que el roseton lo miraba. Todo esto provenía de Quasimodo. El Egipto le hubiera tenido por un dios del templo; la Edad Media le creía su demonio, pero en realidad era su alma.

Tanto es así, que para los que saben que ha existido Quasimodo, Nuestra Señora está hoy solitaria, inanimada, muerta. Ven que le falta algo. Aquel cuerpo inmenso está vacío, es un esqueleto; le abandonó el alma, y solo queda el sitio que ella ocupó; es como un cráneo en el que se conservan los agujeros de los ojos, pero que carece de vista.

## IV.

## El perro y su amo.

Existía, no obstante todo lo dicho, una criatura humana, á la que Quasimodo exceptuaba de su malignidad y de su odio, y á la que profesaba tanto ó quizás mayor afecto que á la Catedral: esta persona era Claudio Frollo, y se comprende perfectamente.

Claudio Frollo le había recogido y adoptado, le mantuvo y le educó. Desde muy pequeño corria á refugiarse entre las piernas de Claudio cuando los chicos le querían pegar y cuando los perros le ladraban. Claudio Frollo le enseñó á hablar, á leer y á escribir, y por fin lo hizo campanero, y dar en matrimonio la campana gorda á Quasimodo es dar Julieta á Romeo.

Por eso la gratitud de Quasimodo era profunda, apasionada y sin límites, y aunque el semblante de su padre adoptivo era con frecuencia severo y sombrío y su lenguaje breve, duro é imperioso, no desmintió jamás el agradecimiento que por él sentía el campanero. El arcediano tenía en Quasimodo el esclavo más sumiso, el criado más dócil y el perro más vigilante. Cuando éste quedó sordo, se estableció entre él y Claudio Frollo un lenguaje de signos misteriosos que ellos solos comprendían, y de este

modo fué el arcediano el único ser humano con el que Quasimodo conservaba comunicacion. Solo tenía relacion en el mundo, pues, con Nuestra Señora y con Claudio Frollo.

El imperio que el arcediano ejercía sobre su campanero solo es comparable al cariño que éste profesaba á aquel; hubiera bastado una señal de Claudio, y la idea de complacerle de este modo, para que Quasimodo se precipitase desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, y era cosa asombrosa que toda fuerza desarrollada extraordinariamente en Quasimodo la pusiese éste ciega-mente á la disposicion de otro; había sin duda en esto algo de sacrificio filial y de lealtad doméstica; era resultado quizás de la fascinacion de un espíritu por otro; era una organizacion pobre, torpe é imperfecta, que se humillaba suplicante y sumisa ante una inteligencia alta, profunda, poderosa y superior; pero ante todo era la gratitud llevada á su último límite, que no hay nada en el mundo con qué compararla. No es esta virtud de la que se encuentran los más brillantes ejemplos entre los hombres, por lo que diremos que Quasimodo quería al arcediano como nunca quiso á su amo ningun perro, ningun caballo, ningun elefante.

## V.

## Continuacion de Claudio Frollo.

En 1482 Quasimodo tenía cerca de veinte años, Claudio Frollo cerca de treinta y seis; el uno había crecido y el otro empezaba á envejecer.

Claudio Frollo no era ya el sencillo estudiante del colegio de Torchi, el cariñoso protector de un niño, ni el jóven y meditabundo filósofo, que sabía mucho, pero que ignoraba mucho también. Era un sacerdote austero, grave, pensativo; un director de almas, el señor arcediano de Josas, el segundo acólito del obispo, encargado de los decanatos de Monthery y de Chateauford y de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personaje imponente y sombrío, ante el que temblaban los niños del coro, los cantores de iglesia, los cofrades de San Agustín y los clérigos matutinos de Nuestra Señora, cuando pasaba lentamente por bajo las ojivas del coro, majestuoso, pensativo, con los brazos cruzados y la cabeza tan inclinada sobre el pecho, que solo dejaba ver del semblante la ancha y calva frente.

Dom Claudio Frollo no había abandonado por eso ni la ciencia ni la educacion de su hermano menor, que constituían las dos ocupaciones de su vida; pero con el tiempo se mezcló alguna amargura á estas cosas, para él tan dulces: á la larga, el mejor tocino se hace rancio, como dice Pablo Diacre. Su hermano Juan, apodado *del Molino*, por el sitio donde le criaron, no crecía llevando la direccion que Claudio quiso imprimirle: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto y honorable; pero Juan, como los árboles del jardinero y se vuelven con tenacidad al lado de donde viene el aire y el sol, Juan, repetimos, no crecía, ni se multiplicaba, ni extendía anchas ramas pomposas y lujuriosas más que por el lado de la pereza, de la ignorancia y de la crápula. Era un demonio desordenado que hacia fruncir el ceño á Claudio; pero al mismo tiempo era tan gracioso y tan agudo, que lograba hacerle sonreír. El hermano mayor le puso en el colegio de Torchi, en el mismo donde él pasó sus primeros años de estudio y de recogimiento, y fué un dolor para él que escandalizara un Frollo un santuario que otro Frollo glorificó en otro tiempo. Sermonaba larga y severamente sobre esto á Juan, que le escuchaba con impavidez. Por lo demás, el bribonzuelo tenía buen corazón, como es costumbre en todas las comedias. Acabado el sermón volvía á ser el mismo de antes. Unas veces daba á un *novato* un chasco pesado por la bienvenida (tradicion que se ha conservado hasta nuestros días). Otras veces daba caza á algunos otros estudiantes, los que clásicamente se habían refugiado en una taberna, *quasi classico excitati*, y habían apaleado al tabernero "con estacas ofensivas", y saqueado alegremente la casa, hasta el punto de destripar los bariles en la bodega; en una palabra, era cabeza de motin de todas las diabluras estudiantiles propias de aquella época.

Esto contristó y descorazonó á Claudio en sus afectos humanos y se dejó caer con más entusiasmo que nunca en brazos de la ciencia, de esta hermana que no se rie del que la ama, y á quien paga siempre, á veces con moneda hueca, el culto que se le consagra. Fué, pues, más sábio á medida que el tiempo avanzaba, y por consecuencia natural, cada vez más rígido como sacerdote y más adusto como hombre. Hay en nosotros ciertos paralelismos entre la inteligencia, las

costumbres y el carácter de cada uno, que se desenvuelven sin cesar y que solo se rompen en las grandes perturbaciones de la vida.

Como Claudio Frollo había recorrido en su juventud el círculo casi entero de los conocimientos humanos, positivos, exteriores y lícitos, le fué preciso, para no pararse *ubi defuit orbis*, ir más allá y buscar otros alimentos que saciasen la actividad incansable de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente que se muerde la cola es aplicable á la ciencia, y Claudio Frollo lo probó. Personas graves aseguraban que, despues de haber agotado el *fas* del saber humano, había osado penetrar en el *nefas*: decían que había probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia, y, fuese por hambre ó fuese por hastío, que había acabado por morder el fruto prohibido. Se encontró, como saben nuestros lectores, en las conferencias teológicas de la Sorbona, en las asambleas de filósofos ante la imágen de San Hilario, en las disputas de los decretalistas ante la imágen de San Martín, en las congregaciones de los médicos en la pila de Nuestra Señora, *ad cupam Nostræ Domine*.

Había ya devorado todos los manjares lícitos que podían condimentar y servir á la inteligencia aquellas cuatro grandes cocinas, llamadas las cuatro Facultades, y le llegó la saciedad antes de quedar sin hambre; entonces ahondó más lejos y más bajo toda aquella ciencia finita, material y limitada; y quizás arriesgó el perder su alma, sentándose en la caverna á la mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos y de los herméticos, á cuyo frente se hallaban en la Edad Media Averroes, Guillermo de París y Nicolás Hamel, cuya ciencia se prolonga por el Oriente, á la claridad del candelero de siete brazos, hasta Salomón, Pitágoras y Zoroastro. Esto creían de Claudio Frollo, con razón ó sin ella.

Cierto es que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, en el que estaban enterrados sus padres, con las demás víctimas de la peste de 1466; pero también lo es que demostraba menos devocion á la cruz de la sepultura que á las figuras extrañas que cubrían el sepulcro de Nicolás Hamel y el de Claudio Pernelle, construido á su lado.

También es cierto que muchas veces se le vió pasar por la calle de los Lombardos y entrar furtivamente en una ca-

suca que hacia esquina á la calle de los Escritores y á la de Marivault. Esa casa la construyó Nicolás Hamel y murió en ella en 1417; estaba siempre abandonada desde entonces y empezaba á arruinarse; tanto habian gastado sus paredes con solo grabar en ella sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los paises. Algunos vecinos hasta afirmaban haber visto una vez por un ventanillo al arcediano, socavando y removiendo la tierra en los dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de versos y de geroglíficos infinitos, escritos por el mismo Nicolás Hamel, donde se suponía que éste habia enterado la piedra filosofal, cuyo suelo no han dejado de remover los alquimistas durante dos siglos, desde Magistri hasta el padre Pacifique, por lo que la casa acabó por reducirse á polvo á fuerza de registrar y de cavar tanto en ella.

Tambien es cierto que el arcediano sentía una pasión singular por la portada simbólica de Nuestra Señora, por la página cabalística escrita en piedra por el obispo Guillermo de Paris, el que sin duda murió condenado por haber aplicado tan infernal frontispicio al santo poema que canta eternamente el resto del edificio.

Decían tambien que el arcediano habia profundizado el coloso de San Cristóbal y la gran estatua enigmática que se levantaba entonces á la entrada del átrio, á la que el pueblo llamaba por irrisión *el señor Legris*. Todos observaban que pasaba interminables horas sentado en los pedestales del átrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando, ya las vírgenes locas, que llevan las lámparas boca abajo, ya las vírgenes virtuosas, que las mantienen derechas; otras veces se fijaba en la mirada del cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso, en el que seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Hamel.

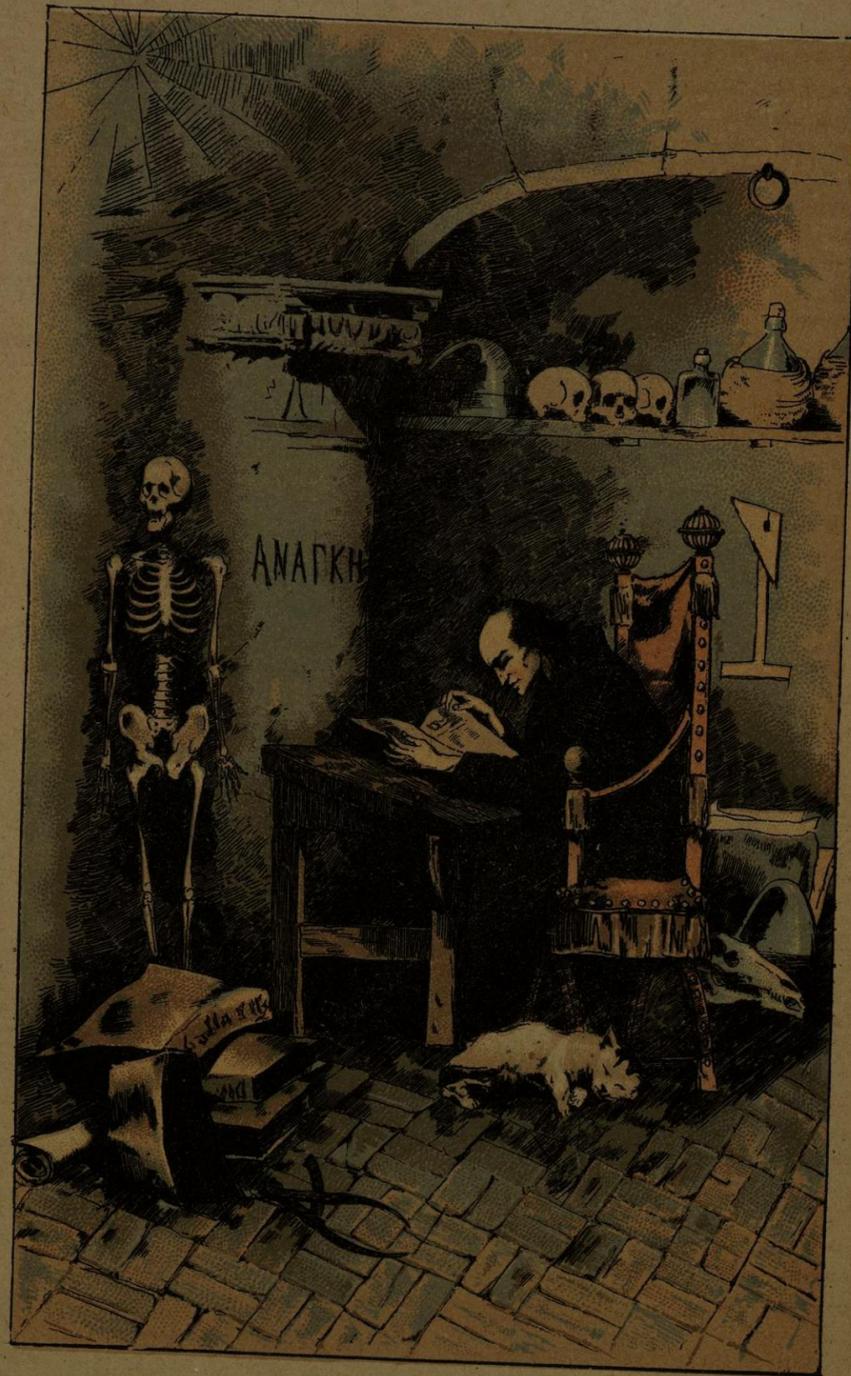
Era tambien cierto, en fin, que el arcediano se habia apropiado, en la torre que mira hácia la Grève, inmediata al campanario, una celda secreta, en la que, segun pública voz, nadie entraba, ni aun el obispo, sin su licencia. Abrió aquella celda, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, el obispo Hugo de Besançon, y en ella hacia sus maleficios y hechicerías. Nadie sabia lo que encerraba aquella cel-

da; pero se veía con frecuencia desde las orillas del *Terreno*, durante la noche, en una ventanilla que tenia la celda á espaldas de la torre, aparecer y desaparecer, en cortos é iguales intervalos, cierta claridad rojiza, intermitente y caprichosa, que parecia obedecer á las aspiraciones continuas de un fuelle y nacer de una llama más que de una luz. En la oscuridad, y á tan gran altura, producía singular efecto, y las viejas decían: "Ya está soplando el arcediano; el infierno arde allá arriba".

Después de todo, cuanto venimos indicando no presentaba grandes pruebas de hechicería; pero sí que habia humo para sospechar que habia de existir el fuego, y el arcediano gozaba de temible fama. Debemos confesar, sin embargo, que las ciencias de Egipto, que la nigromancia, que la magia, hasta la blanca, que es la más inocente, no tenían enemigo más encarnizado, ni denunciador más implacable que él; y ya fuese horror sincero ó astucia de ladrón, que grita: *¡a los ladrones!*, no impedia esto que fuese considerado el arcediano, entre las doctas cabezas del Cabildo, como alma aventurada en el vestibulo del infierno, perdida en las cavernas de la cábala y que andaba á tientas por entre las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo era de la misma opinion; para éste, Quasimodo era un demonio y Claudio Frollo un hechicero, y era evidente que el campanero debia servir al arcediano durante un plazo determinado y pasado éste se llevaría en pago su alma. Por eso el arcediano, á pesar de la austeridad de su vida, tenia mala fama entre las buenas almas, y no habia nariz de devota que no creyese que echaba olor á brujo.

Si al ir envejeciendo iba viendo abismos en la ciencia, tambien los iba viendo en su corazón; así era de presumir si se contemplaba aquel rostro, por el cual transpiraba su alma á través de una nube sombría. ¿Por qué tenia la frente tan calva, la cabeza siempre inclinada y el pecho agitado por continuos suspiros? ¿Qué secreto pensamiento hacia sonreír su boca con tanta amargura en el momento mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban, como dos toros que van á pelear? ¿Por qué el escaso cabello que le quedaba era ya gris? ¿Qué fuego interior era aquel que resplandecía algunas veces en su mirada, de modo que sus ojos parecían dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Esos síntomas de violenta preocupa-



CLAUDIO FROLLO